

El aislamiento del pacífico: La erosión de la diplomacia peruana y el auge del eje conservador

PABLO CHECA LEDESMA

Históricamente, el Perú fue la piedra angular de la integración sudamericana. Desde la firma del Acuerdo de Cartagena en 1969, que dio vida al Pacto Andino (hoy Comunidad Andina de Naciones), hasta su rol protagónico en la consolidación de la CELAC, Torre Tagle —sede de la cancillería peruana— era sinónimo de equilibrio y liderazgo propositivo. Hoy, ese prestigio parece haberse disuelto en una serie de exabruptos ideológicos y crisis de legitimidad que han convertido al país en el «vecino incómodo» de la región.

En un momento donde la globalización exige bloques regionales sólidos para negociar con potencias como China o Estados Unidos, el Perú transita el camino inverso: el del aislamiento voluntario y la confrontación directa.

Hemos escuchado hasta en Davos, donde acaba de reunirse la crema del capitalismo mundial, propuestas, como las de Mark Carney, a la sazón primer ministro de Canadá, para enfrentar la prepotencia de un personaje como Donald Trump, y en el centro de todas ellas está el reconocer que el viejo orden agoniza y se impone una nueva estrategia de diversificación en el extranjero.

Por ello resulta tan desconcertante la actitud de los que en el Perú prefieren ir en contra de la historia a ensayar nuevos caminos.

El colapso de la vecindad: de México a Colombia

La «hazaña» más reciente de esta deriva diplomática se personifica en la gestión del presidente José Jeri, cuya reacción ante el asilo político otorgado por México a la exministra Betsi Chávez ha escalado hasta la ruptura de relaciones. Chávez, figura clave del Gobierno de Pedro Castillo, fue reconocida por la administración de Claudia Sheinbaum como una perseguida política.



La respuesta de Lima no solo fue airada, sino que, según expertos internacionales, rozó la ilegalidad internacional al retener el salvoconducto correspondiente, violando tratados históricos de asilo. Las amenazas de intervenir la embajada mexicana marcaron un punto de no retorno, proyectando la imagen de un Estado que prioriza la *vendetta* política sobre las convenciones de Viena.

Este patrón se repite hacia el sur. La expresidenta Dina Boluarte, cuya legitimidad estuvo siempre en cuestión incluso en foros internacionales tras la defenestración de Castillo, optó por la narrativa del enemigo externo. Durante las protestas sociales que sacudieron el sur del país, Boluarte no dudó en señalar a Bolivia, acusando al gobierno de Luis Arce de enviar a los Ponchos Rojos con munición dum-dum para soliviantar a las masas. Esta retórica no solo enfrió las relaciones con La Paz, sino que fracturó la confianza histórica entre pueblos hermanos.

Con Colombia, la situación es igualmente gélida. La negativa de Boluarte a corresponder un saludo protocolar a Gustavo Petro —quien calificó de «atropello» la salida de Castillo— subraya una diplomacia basada en el resentimiento personal más que en el interés nacional.

La batalla cultural y el alineamiento con la derecha radical

Para entender este aislamiento, es imperativo mirar hacia adentro. El Perú vive hoy lo que muchos analistas califican como una *captura del Estado* por parte de sectores de derecha extrema que han abandonado el disfraz democrático para asegurar su supervivencia.

Esta élite política ha decidido jugar sus fichas en la llamada *batalla cultural*. Ya no se busca el consenso regional, sino la validación de figuras como Donald Trump, Javier Milei en Argentina o José Antonio Kast en Chile. La celebración entusiasta de la derrota del MAS en ciertos distritos bolivianos o el apoyo a figuras como Tuto Quiroga revelan un deseo de ver a la región convertida en un espejo de sus propios sesgos ideológicos.

La influencia de la agrupación española Vox es el hilo conductor de esta internacional reaccionaria. Los encuentros organizados en Lima y otras capitales de América con la participación de líderes conservadores y confesionales buscan consolidar un bloque que rechaza la agenda de derechos humanos y el multilateralismo, prefiriendo un alineamiento irrestricto con las directrices que emanan de sectores específicos en Washington.



El factor Venezuela y el Grupo de Lima: ¿democracia o estrategia?

El análisis no puede obviar el papel de la migración venezolana. Si bien el éxodo es una realidad humana innegable, el hecho subraya una tesis inquietante: la instrumentalización del dolor venezolano para destruir la imagen del chavismo y justificar la creación del ahora extinto Grupo de Lima.

Este bloque, nacido bajo el ala de la embajada estadounidense, buscó auparse a figuras como Juan Guaidó no solo por un afán democrático, sino como una estrategia para controlar los recursos estratégicos de la nación caribeña. Mientras tanto, en casa, la derecha peruana ha mantenido una actitud hostil hacia Cuba, utilizando a los servicios de inteligencia y a medios de comunicación afines para presentar la salida de diplomáticos cubanos como «expulsiones corteses», alimentando el fantasma de la infiltración comunista para justificar políticas represivas. Por supuesto, siguiendo esta lógica, muy lejos de la tradición de nuestra cancillería, el Perú no figura en el comunicado conjunto de cinco países que condenan la agresión a Venezuela por parte de USA.

El peruano de a pie entiende que el costo de este «aislamiento voluntario» es alto: menos inversión productiva, más inseguridad y una pérdida total de peso político en el mundo.



77

La paradoja económica: ¿solidez o espejismo?

Mientras la diplomacia se hunde, la macroeconomía peruana parece navegar en aguas tranquilas, aunque engañosas. El «milagro del Sol» —la moneda que se fortalece frente al dólar—, realidad de la que se enorgullece el presidente del Banco Central de Reserva, no es producto de una industria vibrante, sino de la coyuntura de los precios de las materias primas.

El Perú sigue siendo un exportador de rocas y minerales. Mientras China, por ejemplo, que tiene inversiones de muy alto nivel tecnológico como el puerto de Chancay, llega al mercado local con tecnología, maquinaria y textiles a precios con los que —llegará el momento— la industria de Gamarra o el sector metalmeccánico no podrán competir, el Perú se limita a cavar pozos más profundos.

El cobre y el litio están hoy en la mira de las grandes transnacionales, y existe una creciente preocupación ciudadana sobre quién se beneficiará realmente de esta riqueza. El Perú llega a importantes mercados en el mundo, tiene 17 TLC firmados, pero la ausencia de un plan de desarrollo e industrialización hace que se mantenga una relación asimétrica: entregamos mineral bruto y recibimos productos manufacturados. La experiencia nos enseña que este crecimiento no genera desarrollo.

El litio: ¿el próximo botín?

Con la transición energética global, el litio se ha convertido en el «oro blanco». La derecha peruana, alineada con intereses transnacionales, parece dispuesta a entregar las reservas de Puno bajo condiciones fiscales mínimas. La falta de una visión regional —una «OPEP del Triángulo del Litio» junto a Bolivia, Chile y Argentina— deja al Perú negociando en solitario frente a gigantes, lo que debilita cualquier capacidad de exigir transferencia tecnológica como lo reclama el pueblo de Puno, que no se limita a pedir una mayor participación del canon, sino la industrialización del mineral en su territorio.

El Sur en pie de guerra: crónica de una resistencia que no se apaga



—
78

Mientras en los salones de la Cancillería en Lima se redactan comunicados de ruptura con México y Colombia, a más de mil kilómetros de distancia, en las gélidas estepas de Puno y los valles de Apurímac, la realidad es otra. Aquí, el aislamiento no es un concepto diplomático, sino una herida abierta.

La memoria de la sangre

La resistencia del sur peruano no nació de un cálculo político, sino de un sentimiento de orfandad. Tras la caída de Pedro Castillo, regiones como Puno, Cusco y Ayacucho se convirtieron en el blanco de una represión que la CIDH ha calificado de tener «sesgo racista». La narrativa del Gobierno de Dina Boluarte, que intentó vincular las protestas con «agentes externos» o municiones bolivianas, no fue más que un intento de deshumanizar una demanda legítima: el respeto al voto rural.

En Juliaca, el recuerdo de los mártires del 9 de enero sigue siendo el motor de la organización social. Para estas poblaciones, el alineamiento de la derecha peruana con el extremismo internacional (Milei, Vox, Trump) es visto como una traición a la identidad andina y a la soberanía nacional. «Nos llaman terroristas por defender nuestra tierra y nuestros recursos», afirma un dirigente de los gremios agrarios, subrayando que la lucha por el litio y el gas está en el corazón de la protesta.

El Sur Global dentro de una nación

El sur peruano ha construido su propia «paradiplomacia». Ante el desprecio de Lima, las organizaciones sociales han fortalecido sus lazos con los pueblos hermanos de Bolivia y el Ecuador indígena. Esta unidad desde abajo es la que realmente aterra a la élite limeña, que ve en la integración latinoamericana una amenaza a sus privilegios comerciales.

Antes la resistencia en Lima casi solo se apreciaba de manera contundente en las encuestas que siempre arrojó guarismos muy pobres a la aprobación de la gestión de los poderes del estado (entre 3 y 5%). Esa misma resistencia, hoy incluidas las provincias, ya no solo es de calles y plazas; es cultural. La reafirmación de las lenguas quechua y aimara en el discurso público es una respuesta directa a la batalla cultural de la derecha. Mientras Lima mira hacia Madrid y Washington, el sur mira hacia la Whipala y la integración de los pueblos originarios.



El escenario de abril: ¿hacia una salida democrática o el atrincheramiento?

79

Llegamos al punto crítico de este análisis. Con las elecciones de abril en el horizonte, el Perú se enfrenta a tres posibles destinos:

1. El modelo Guatemala: donde la ciudadanía, cansada del «Pacto de Corruptos», logra colar una opción de cambio que rompa el cerco mediático y judicial.
2. La consolidación del régimen: que la derecha, mediante el control de los organismos electorales, logre imponer a una figura que perpetúe el actual estado de aislamiento y entrega de recursos.
3. El estallido permanente: una situación donde, independientemente del resultado, la falta de legitimidad del sistema impida cualquier forma de gobernabilidad, profundizando la crisis económica.

A propósito de este último escenario, Larry Fink, uno de los más ricos del planeta, decía recientemente en Davos que al fracaso del sistema se puede sumar la IA, que reemplazaría ya no solo a los obreros, lo que provocaría el caos. Por supuesto, lo que más teme este señor es el caos que barrería todo, por ello, en su reflexión la derecha peruana debería medir que, si no es por convicción, por lo menos, por seguridad le convendría cambiar.

El despertar de la conciencia ciudadana

A pesar del control casi total de los poderes del Estado —Congreso, Fiscalía, Tribunal Constitucional y sectores del sistema electoral—, la ciudadanía peruana mira con esperanza el calendario electoral. Las próximas elecciones de abril se perfilan como el escenario de una posible ruptura.

La confianza en el proceso electoral es frágil, pero real. No solo está en juego el tema de la democracia y las altas finanzas, sino la terrible inseguridad ciudadana, que, literalmente, cobra víctimas a diario de gente que no se deja extorsionar y que ve empeorar su situación debido a la actitud del Congreso, que, lejos de dar leyes para combatir la delincuencia aprueba otras que la población tipifica como *procrimen*. Está también la informalidad y la falta de oportunidades, verdaderos promotores de la minería ilegal, que ha pasado a ser más rentable que el narcotráfico en el *ranking* del crimen. Si el empleo informal sobrepasa el 75 % de la PEA, la mitad de jóvenes ni estudia ni trabaja. Analistas serios aseguran que desde hace bastante tiempo estas economías ilegales han permeado la política y financian campañas a cambio de leyes que disfracen sus actividades ilegales.



Conclusión: el retorno a la patria grande

El Perú no puede seguir siendo la excepción democrática de la región por las razones equivocadas. La unidad latinoamericana no es un capricho ideológico, sino una necesidad de supervivencia. Para negociar o para proteger la Amazonía frente al cambio climático, se necesita un bloque sólido, no un país peleado con sus vecinos.

La tarea para el próximo Gobierno será titánica: reconstruir o en otros casos reforzar, puentes con México, Colombia, Brasil y Bolivia, y devolverle a Torre Tagle su dignidad histórica. Solo así, el Perú dejará de ser el país que «nadie quiere en la foto» para volver a ser el país que lidere el destino del Pacífico Sur. El Perú se encuentra en una encrucijada: persistir como un paria regional alineado con extremismos en retirada, así como imperialismos en decadencia, o recuperar su vocación de puente y líder en una América Latina que urge de unidad para enfrentar los desafíos del siglo XXI. La moneda está en el aire, y el pueblo espera que, en abril, caiga del lado de la historia. ★